

consuelos del mundo y de la religion, y á los que les serian mas útiles. Pero, católicos, en el tribunal de Jesucristo se compararán vuestras aflicciones con las de tantos desgraciados que os cercaban, y cuyas desgracias son tanto mas terribles, cuanto ellos eran mas oscuros y olvidados; y entonces se os preguntará si debíais murmurar y quejaros, se os preguntará si debíais ponderar tanto vuestras calamidades, las que para otros muchos hubieran sido consuelos; se os preguntará si debíais murmurar tanto contra un Dios que os trataba con tanta piedad, cuando al mismo tiempo cargaba su mano sobre otros muchos desgraciados; se os preguntará si aquellos tenían menos derecho que vosotros á los bienes y placeres de la tierra, si su alma era menos noble y menos preciosa que la vuestra en la presencia de Dios; en una palabra, si acaso ellos eran mas pecadores ó de otra naturaleza que vosotros. ¡Oh, católicos! no solo lo excesivo de nuestro amor propio, sino tambien la falta de compasion para con nuestros hermanos, es la que aumenta á nuestra vista nuestras propias desgracias. Entre mos alguna vez en aquellas pobres casas en donde la vergüenza oculta miserias tan terribles y tan dignas de compasion; entremos en aquellos asilos de la misericordia, en donde parece haberse juntado todas las calamidades; allí aprenderemos lo que debemos juzgar de nuestras desgracias; allí, movidos con el exceso de tantas miserias, nos avergonzaremos de nombrar las nuestras; allí nuestras murmuraciones contra el cielo se mudarán en acciones de gracias, y no reparando tanto en las ligeras cruces que el Señor nos envia como en las otras de que nos liberta, empezaremos á temer su piedad, en vez de quejarnos de su rigor. ¡Dios mio! ¡qué terrible será el juicio de los grandes y poderosos, pues además del inevitable abuso de su prosperidad, las aflicciones

que debieran haber servido para santificarla y para expiar sus abusos, serán sus mayores delitos.

¿Pero cómo se ha de usar de las aflicciones para santificar los peligros del propio estado y coadyuvar á la salvacion, cuando parece que estas mismas aflicciones ponen unos obstáculos invencibles para ella? Este es el último pretesto, deducido de la incompatibilidad que parece tienen las aflicciones con nuestra salvacion.

TERCERA PARTE.

No puede menos de admirar el que la corrupcion del corazon humano halle aun en los mismos trabajos obstáculos para la salvacion, y que los cristianos pretendan justificar sus murmuraciones contra la sabiduría y bondad de Dios, acusándole de que les envia unas cruces incompatibles con su eterna salud. Pues con todo eso, no hay cosa mas comun en el mundo que este modo de hablar tan injusto, y cuando exhortamos á las almas á quienes Dios aflige á que de sus transitorios trabajos hagan caudal para el cielo y para la eternidad, nos responden que hallándose en este estado de miseria, les es imposible pensar en su eterna salud, que las contradicciones en que se hallan indisponen su espíritu y alteran su corazon en vez de reducirle á su deber, y que para pensar en Dios es menester estar tranquilo.

Pues yo, al contrario, digo que entre todos los pretextos que se alegan para justificar el uso poco cristiano de las aflicciones, este es el mas insensato y mas culpable. El mas culpable, porque es blasfemar contra la Providencia el decir que os pone en un estado incompatible con vuestra salvacion: cuanto Dios hace ó permite acá en la tierra, solo lo hace ó permite para facilitar á los hombres los caminos

de la vida eterna. Todos los sucesos prósperos ó adversos que han de llenar la carrera de nuestra vida, todos nos los ha preparado como medios para nuestra salud y santificación; todos sus designios para con nosotros se reducen á este único fin. Cuanto somos, aun en el orden de la naturaleza, nuestro nacimiento, nuestra fortuna, nuestros talentos, nuestro siglo, nuestras dignidades, nuestros protectores, nuestros vasallos, nuestros señores; todo esto, en la misericordia que usa con nosotros, se ordena á los impenetrables fines de su eterna santificación. Aun todo este mundo visible no está hecho mas que para el siglo futuro. Cuanto sucede tiene sus secretas relaciones con el siglo eterno, en el que nada pasará; cuanto vemos no es mas que la figura y esperanza de las cosas invisibles. El mundo en tanto es digno de los cuidados de un Dios sábio y misericordioso, en cuanto con secretas y admirables relaciones deben sus revoluciones diversas formar aquella Iglesia del cielo, aquella inmortal congregacion de escogidos en que eternamente será glorificado. Aunque obra en tiempo, es siempre con respeto á la eternidad, y este es el modelo que nosotros debemos seguir. Decir, pues, que nos coloca en circunstancias que no solo no dicen relacion, sino que son incompatibles con nuestros intereses eternos, es hacer un Dios temporal y blasfemar contra su admirable sabiduría.

Pero no solo no hay cosa mas culpable que este pretexto, sino que tambien digo que no la hay mas insensata; porque solamente se vuelve una alma á Dios cuando se desprende de este mundo miserable, y nada la desprende con tanta eficacia de este miserable mundo, dice San Agustin, como cuando el Señor derrama sobre los peligrosos placeres las saludables amarguras. Señor, decia un santo rey de Judá, yo os olvidé en la prosperidad y en la abun-

dancia; las delicias del reino y el resplandor de un reinado largo y glorioso corrompieron mi corazon; las alabanzas y los venenosos discursos de los malos me sepultaron en un profundo y funesto sueño; pero vos me herísteis, derramando sobre mi pueblo los azotes de vuestra indignacion, levantando contra mí mis propios hijos y vasallos, á quienes yo habia llenado de beneficios, y desperté; me humillásteis y recurrí á vos; me affigísteis y os busqué: y he llegado á conocer que no debe ponerse la confianza en los hombres, que la prosperidad era un sueño, la fama un error, los talentos que los hombres admiran, viciós ocultos bajo una exterioridad brillante de virtudes humanas; el mundo todo entero una figura que nos alimenta con fantasmas vanos y que no deja en el corazon cosa alguna verdadera, y solo vos mereceis ser servido, porque vos solo nunca faltáis á los que os sirven. *In die tribulationis mee Deum exquisivi.*¹

Este es el mas natural efecto de los trabajos, facilitar todas las obligaciones de la religion. Nos facilitan el aborrecimiento al mundo, haciendo que nos sea fastidioso; el despego de las criaturas haciéndonos experimentar ó su perfidia con sus infidelidades, ó su fragilidad con sus no esperadas pérdidas; la privacion de los deleites poniendo en ellos obstáculos, el deseo de los bienes eternos y las expresiones amorosas á Dios, no dejándonos casi ningun consuelo entre los hombres. Finalmente, todas las obligaciones de la fe son mas fáciles para el alma afligida; sus buenos deseos hallan en este estado menos obstáculos, su flaqueza menos escollos, su fe mas socorros, su tibieza mas alivios, sus pasiones mas freno, y aun su virtud mas ocasiones de mérito.

¹ Psalm. 76. v. 3.

Aun la Iglesia nunca se mantuvo mas pura y fervorosa que cuando estuvo mas afligida. Los siglos de sus trabajos y persecuciones fueron los siglos de su resplandor y de su celo; la tranquilidad corrompió despues sus costumbres; sus dias, desde que fueron mas felices y dichosos, empezaron á ser menos puros y menos inocentes; su gloria casi se acabó con sus trabajos, y su paz, como dice el profeta, fué mas amarga por el desórden de sus hijos, de lo que habian sido sus turbaciones por la barbaridad de sus mismos enemigos. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.*¹

Vosotros mismos los que os quejais de que las cruces con que el Señor os aflige os desalientan, y entibian el deseo de trabajar para vuestra salvacion, bien sabeis que los dias que habeis gozado mas felices no han sido para vosotros ni mas santos ni mas fieles; bien sabeis que embriagados entonces con los placeres del mundo, viviais en un entero olvido de Dios, y que las dulzuras de vuestro estado solo servian de estímulo á vuestra corrupcion y de instrumento á vuestros injustos deseos.

Pero esta es, católicos, la ilusion perpetua de nuestro amor propio. Mientras somos felices, mientras sucede todo á medida de nuestro deseo y gozamos de una fortuna tranquila, alegamos los peligros de nuestro estado para justificar los desórdenes de nuestras costumbres mundanas; decimos que es cosa muy difícil en cierta edad y en cierto estado, cuando es preciso mantenerse con honor y guardar alguna correspondencia con el mundo, el condenarse al retiro, á la oracion, á huir de las diversiones y á todas las obligaciones de una vida triste y cristiana; pero por otra parte, cuando estamos afligidos, cuando el cuerpo se halla

¹ Isaie 38. v. 16.

desmayado, cuando nos abandona la fortuna, cuando nuestros amigos nos engañan, cuando nuestros superiores nos desprecian, cuando nuestros enemigos nos oprimen, cuando nos persiguen nuestros parientes, nos quejamos de que en este estado de pena y de amargura todo nos aparta de Dios; que el espíritu no se halla con la tranquilidad necesaria para pensar en la salvacion, que está demasiado herido el corazon para poder sentir mas que sus propias desgracias, que es necesario procurar mitigar el dolor con diversiones y placeres que parecen necesarios, y no acabar de perder el juicio entregándose del todo á los horrores de una profunda tristeza. De este modo ¡oh Dios mió! con nuestras eternas contradicciones justificamos los adorables medios de vuestra sabiduría respecto de los destinos de los hombres, y preparamos á vuestra justicia poderosas razones para confundir algun dia la ilusion y mala fe de nuestros pretextos.

Porque, católicos, por otra parte, sean de la naturaleza que fueren nuestros trabajos, la historia de la religion nos ofrece muchos justos que en el mismo estado en que nos hallamos nosotros, poseyeron su alma en paciencia, é hicieron de sus aflicciones camino para su salvacion. Si llorais la pérdida de una persona á quien amábais, Judith en semejante dolor halló motivo para aumentar su fe y su piedad, y mudó las lágrimas de su viudez en lágrimas de retiro y penitencia; si una salud quebrantada os hace vuestra vida mas amarga y triste que la misma muerte, Job en los destrozos de un cuerpo lleno de llagas, halló motivo de compuncion, deseos de eternidad y esperanzas de su eterna resurreccion; si desacreditan con imposturas vuestra fama, Susana ofreció una alma constante á la mas infame calumnia, y sabiendo que tenia al Señor por testigo de su

inocencia, le dejó el cuidado de vengarla de la injusticia de los hombres; si trastornan vuestra fortuna con artificios, David arrojado de su trono miró el abatimiento de su nuevo estado como pena del abuso que habia hecho de su pasada prosperidad; si un matrimonio desgraciado es motivo de que continuamente esteis experimentando lo pesado de su cruz, Esthér halló en las inconstancias y en los furores de un esposo infiel, la prueba de su virtud y el mérito de su paciencia; finalmente, figuraos en el estado mas triste, y hallareis que en él ha habido justos que han obrado su salvacion; y sin ir á buscar ejemplos en la antigüedad, mirad entre vosotros (porque aun no se ha abreviado la mano del Señor) y vereis muchas almas que cargadas con las mismas cruces, hacen de ellas muy diferente uso que vosotros y hallan medios para salvarse en los mismos sucesos en que vosotros hallais ó escollos para vuestra inocencia ó pretextos para mumurar. ¡Pero qué digo! vereis algunas almas á quienes la misericordia de Dios ha sacado del desorden derramando sobre su vida saludables amarguras, trastornando una fortuna que ya estaba fija, resfriando un favor que era envidiado, quebrantando una salud que parecia inalterable, apartándolos de las gracias merecidas por medio de unas preferencias no esperadas, y acabando una amistad profana por medio de una inconstancia ruidosa en el cómplice.

Vosotros mismos, testigos entonces de su mudanza y de su conversion á Dios, minorásteis su mérito por las facilidades que les proporcionaban su pena y su afliccion; desconfiásteis de una virtud que era como efecto necesario de las desgracias, dijísteis que era muy fácil dejar al mundo cuando ya el mundo no nos quiere, que luego que se volviese á manifestar algun vislumbre de fortuna, se veria có-

mo inmediatamente sucedian los placeres á todo aquel aparato de devocion, y que el entregarse á Dios en la adversidad era á mas no poder. ¡Oh y qué injustos que sois! Hoy que se trata de que os volvais á Su Majestad en vuestra afliccion, respondeis que es imposible que un corazon angustiado y oprimido con la amargura no es capaz de nada ni puede sentir mas que su dolor, y que en este estado de afliccion y de desgracia es mayor la desesperacion que la compuncion; y despues de haber censurado y hecho sospechosa la piedad en las almas afligidas, como un partido fácil de tomar y sin mérito alguno por lo poco que costaba, no os determinais á tomarle en una afliccion ni á usar de él cristianamente, porque decís que es imposible el ocuparos en otra cosa mas que en vuestra misma desgracia. Responded si podeis, ó por mejor decir, temblad de hallar el escollo de vuestra salvacion en un estado que debia ser el mas seguro camino para ella; despues de haber abusado de la prosperidad, temed el que vuestras desgracias sean los mas funestos instrumentos de vuestra perdicion, y que vosotros mismos os cerreis todos los caminos que la divina misericordia os podia abrir para llamaros á sí.

¿Cuándo, pues, ¡oh Dios mio! llegará el tiempo de que elevada mi alma por la fe sobre todas las criaturas, solamente os adore á vos en ellas, sin atribuir las los sucesos de que vos solo sois autor; que reconozca en los diversos estados en que la colocais, los fines adorables de vuestra providencia; que aun en medio de sus cruces goce de aquella paz inalterable que no puede dar el mundo con todos sus placeres? *Quando consolaberis me.*¹

¡Qué cosa tan infeliz es, católicos, cuando uno está afli-

1 Psalm. 118, v. 82.

gido y castigado de Dios, el querer consolarse volviéndose contra la mano que le hiere, murmurando contra su justicia, separándose de él como con una especie de rabia, de desesperacion y de venganza, y buscar consuelo en sus propios furros! ¡Qué estado tan terrible el de una alma insensata á quien Dios aflige, y que para consolarse se queja al mismo Dios de su afliccion! Busca el alivio de sus penas multiplicando las ofensas, se entrega al desorden para olvidar sus trabajos, y de la molesta tristeza del delito forma un abominable remedio para la tristeza de sus aflicciones.

No, católicos, solamente la religion puede consolarnos con solidez en nuestras desgracias. La filosofía suspendia sus quejas pero no mitigaba el dolor. El mundo adormece los placeres pero no los cura; en medio de sus insensatos placeres permanece el secreto aguijon de la tristeza, permanece siempre profundamente atravesado en el corazon. Solo Dios puede ser el consolador de nuestras penas, y no necesita de otro el alma fiel. ¡Criaturas flacas! bien podeis con vanos discursos, con aquel lenguaje ordinario, tierno y compasivo, hacer que os oigan los oidos corporales; pero advertid que solo el Dios de todo consuelo sabe hablar al corazon: en vano he buscado yo entre vosotras alivio al exceso de mis penas; he aumentado mis males queriendo olvidarlos, y vuestros vanos consuelos no han sido para mí mas que nuevos tormentos. *Et qui consolaretur, et non inveni.*¹

¡Gran Dios! De aquí adelante no derramaré la amargura de mi corazon sino á vuestros piés. Con vos solo quiero olvidarme de todos mis males, de todos mis trabajos, de

¹ Psalm. 69, v. 21.

todas las criaturas; hasta ahora me he abandonado á todos los pesares y tristezas humanas, he deseado mil veces que los insensatos proyectos de mi corazon sirviesen de regla á vuestra sabiduría. Mis pensamientos han sido desordenados, mi espíritu ha soñado mil sueños alegres, mi corazon se ha dejado llevar de estas vanas fantasmas. Yo he deseado mejor cuna, mas favor, mas talento, mas gloria, mas salud; con estas ideas me he formado una felicidad imaginaria. ¡Oh qué insensato he sido! Como si yo pudiera formar á medida de mis deseos el orden inmutable de vuestra providencia, como si yo fuera ó mas sábio, ó estuviera mas ilustrado que vos acerca de mis verdaderos intereses. Nunca conté con los eternos designios que teniais para conmigo, jamás miré las amarguras de mi estado como que hacian parte del orden de mi predestinacion eterna, y hasta ahora solamente las criaturas han decidido de mis alegrías como de mis pesares. Por eso mis alegrías nunca han ido tranquilas y mis penas siempre han sido sin consuelo. Pero en adelante, ¡oh Dios mio! vos solo seréis mi único consolador, y buscaré en la meditacion de vuestra santa ley y en mi sumision á vuestras eternas disposiciones, los sólidos consuelos que jamás he hallado en las criaturas, los que suavizando acá en la tierra nuestras penas, nos aseguran al mismo tiempo la recompensa inmortal. Amen.

